

EL JINETE BLANCO

por
JOE MOORE



SIBLIOTECA TRÉBOL

N.º 85

Publicación semanal PRECIO: 25 CÉNTS.

Vicente Teruel

BIBLIOTECA TRÉBOL

THE WHITE RIDER

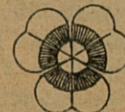
EL JINETE BLANCO

Versión literaria de la película del mismo
título, interpretada por el famoso artista

JOE MOORE

por
ROQUE FORT

Exclusiva
HISPANO AMERICAN FILMS
Calle Valencia, 233 :: Barcelona



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
PARÍS, 204 - BARCELONA

EL JINETE BLANCO

estreno de la obra de John Ford
en el Teatro Principal de Madrid el 29 de Septiembre

EL WOODIE

estreno
en el Teatro Lope de Vega

estreno
en el Teatro Principal de Madrid
el 29 de Septiembre

TIPOGRAFÍA LA ACADÉMICA ::
HEREDEROS DE SERRA Y RUSSELL
CALLE ENRIQUE GRANADOS, 112
TELÉFONO 6-104: BARCELONA :

EL JINETE BLANCO

REPARTO

Jaime Day	<i>Joe Moore</i>
Isabel Roland	<i>Lileen Sedgwick</i>
Joel Roland	<i>S. W. Williams</i>
Pancho Grade	<i>Robert Kortman</i>
Santiago Marsh	<i>Robert Gray</i>

En cierto rincón del Oeste americano existía una colonia minera tan cuajada de pillos, que estaba haciendo falta allí un buen escarmiento.

La vida en aquella naciente ciudad, especie de sucursal del infierno, a la que no se sabía quién había bautizado con el nombre de Rawhipe, era de constante zozobra. Aun cuando Rawhipe no era un pueblo de pesca ni mucho menos, todos sus habitantes estaban a lo que pescaban.

Sobre aquella mala gente flotaba, no obstante, un ligero hálito de romanticismo.

Pues bien ; en medio de todo ello se agitaba una figura más misteriosa que el Oeste mismo :

na especie de «Robin Hood», y no de los osques precisamente, sino de los montes.

Llamaban a aquel misterioso personaje los habitantes de Rawhipe «El jinete blanco», y lo era en efecto, pues blanco como la nieve era el traje que le cubría de pies a cabeza y negro como el azabache el brioso corcel que le servía de cabalgadura y sobre el que se le veía caracolear de vez en vez por los picos más altos de la cordillera vecina y aparecer y desaparecer como alma en pena, salida no se sabía de dónde...

Pero dejemos a «El jinete blanco» en su enigmática tarea de asustar o de pretender asustar a la gente, y hagamos conocimiento con un hijo del Este.

Jaime Day había venido a hacer una visita a Rawhipe y se había quedado allí, pues para ello tenía una razón, por lo menos...

La razón conocida que retenía a Jaime Day en Rawhipe no podía ser más poderosa... ni más linda. No era otra que Isabel Roland, una rubia que valía más que el oro de todas las minas y por la que Day hubiese ido al infierno, aunque hubiese sido sobre su cabalgadura, una pollina de lo más pollina que puede darse.

Jaime Day era un hombre muy timorato, o al menos lo parecía, e Isabel, que lo creía así, experimentaba una íntima satisfacción asustándole o pretendiendo asustarle.

Una mañana en que Jaime se acercaba, a

lomos de su rucia, al lugar en que él sabía que solía hallarse Isabel, guitarra en ristre, lanzando al viento una endecha que brotaba de su corazón, dedicada a la mujer de sus pensamientos, ésta, que le había visto acercarse, se escondió entre unas peñas, procurando hacer el mayor ruido posible, y el asustadizo galán, cuya indumentaria armonizaba perfectamente con el resto de su ridícula figura, se apeó de la bestia, se ocultó tras ella y apuntó al espacio con su pistola, si pistola podía llamarse al cacharro en que fiaba su defensa.

Isabel se fué aproximando entonces por el lado opuesto, provista de un pistolón auténtico y verdaderamente temible, a juzgar por su tamaño, y así, haciendo los dos el coco como vulgarmente se dice, permanecieron unos momentos sirviéndoles de muro de contención la propia borrica de Day, hasta que, como quiera que se habían ido irguiendo poco a poco, se encontraron frente a frente.

— ¿Qué pasa, Jaime? ¿A quién apunta usted con esa pistola de juguete? — le preguntó la joven.

— Creí que era «El jinete blanco», que me quería arrebatar mi guitarra — le respondió Jaime.

Jaime, aprovechándose de la fama de tímido o de tonto que tenía, se fué acercando a Isabel y, cuando estuvo a su lado pretendió abrazarla, como hubiera hecho seguramente, en su caso, el listo más listo.

— ¡Estese quieto, Jaime!... ¿Pero qué arrebatos son éstos? — exclamó la joven, añadiendo: — Ya sé que me quiere, me lo ha dicho muchas veces... Lo siento, pero no podemos ser más que unos buenos amigos.

— ¿Pero, por qué? — le preguntó Day entonces.

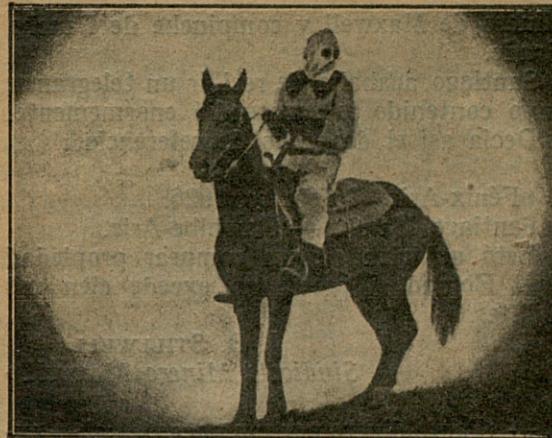
— Es que usted no es como yo quiero que sea el que haya de ser mi marido — le respondió Isabel.

* * *

Mientras los jóvenes se entregaban a tales juegos, que para Isabel tenían no poco de infantiles si bien a Jaime Day no se lo parecieron, Joel Roland, el padre de la joven, hacía calas por centésima vez en diversos lugares de su finca en busca del oro tan codiciado.

Al fin sus ojos tropezaron con un trozo de mineral que le llamó la atención y que cogió entre sus manos para examinarlo más a su antojo.

— Si esto no es oro, lo parece — dijo después de mirar el trozo de piedra por todas partes, y guardándole muy cuidadosamente en uno de sus bolsillos, tomó el camino de su casa, en cuya dirección hemos de dejarle para presentar al lector a otros de los personajes que juegan importantes papeles en esta historia.



Llamaban a aquel misterioso personaje, los habitantes de Rawhipe, «El jinete blanco».

Eran éstos Pancho Grade, el Registrador de la Propiedad de Rawhipe, un taimado, poderoso auxiliar de todos los que no eran muy escrupulosos.

Pancho Grade se ocupaba en tales momentos en examinar los planos y los antecedentes de los terrenos de Joel Roland, y una vez que lo hubo examinado bien todo, dijo para sus adentros :

— ¡De modo que esta tierra de Roland es rica en mineral!

Otro personaje, también de cuidado, era Santiago Marsh, representante del Sindicato

Minero de Maxwell y compinche de Pancho Grade.

Santiago acababa de recibir un telegrama, cuyo contenido le sorprendió enormemente. Decía así el despacho de referencia :

« Fénix-Ariz, 4 febrero 1926.

Santiago Marsh. — Rawhipe-Ariz.

Está autorizado para comprar propiedad Joel Roland si precio no excede cien mil dólares.

J. B. STILLWELL
Sindicato Minero Maxwell. »

— ¡Tanto dinero por tan poca tierra! — exclamó Marsh, asombrado, después que hubo meditado unos instantes acerca del texto del telegrama.

— ¡Lo consultaré con Grade! — añadió, hablando siempre consigo mismo. Y uniendo la acción a la palabra, requirió el sombrero y salió con rumbo al Registro de la Propiedad para ver a su amigote.

En tanto, en casa de Joel Roland, mientras éste ordenaba sus papeles, Isabel y Jaime jugaban a las cartas que, por lo visto, no se mostraban muy propicias para Day.

— ¿Lo ve usted, Isabel? ¡Desgraciado en el juegol... — dijo el joven, sin terminar la frase.

— ¡Pues me parece que usted es desgraciado en todo! — le contestó la muchacha. Y no lejos de allí, en las oficinas del Re-

gistro, Marsh y Grade celebraban interesante conferencia.

— ¿A ver qué opina de este telegrama? — dijo Marsh al Registrador en cuanto ambos estuvieron solos, mostrándole el despacho que acababa de recibir.

Grade le leyó con toda calma, y al llegar al final sonrió malévolamente.

— ¡Ya lo creo que lo sé! — dijo después de unos segundos de silencio. — Es que Roland ignora que en su finca hay oro.

De nuevo callaron ambos personajes. Marsh porque su asombro no le permitía articular palabra, y Grade porque meditaba un plan.

Este fué el que rompió a hablar al cabo :

— Vaya usted a ver a Roland — dijo, y añadió : — Ofrézcale usted cinco mil dólares y nos repartiremos los noventa y cinco mil restantes.

— ¿Pero y si no quiere vender? — hubo de preguntar Santiago Marsh.

— Si no quiere vender, yo le obligaré a ello por otros medios. ¡Para algo soy el Registrador de la Propiedad!...

Instantes después Santiago Marsh daba cumplimiento a su cometido.

— Vengo a verle para proponerle la compra de sus terrenos para la Compañía Maxwell — dijo a Joel Roland en cuanto llegó a su casa y hubo cruzado con él el saludo de rigor.

Y ante el silencio que guardó Roland, añadió :

— Estoy autorizado para ofrecerle hasta cinco mil dólares.

— No haremos nada, señor Marsh — le dijo entonces Joel Roland. — Mi finca es pequeña, pero vale mucho más.

— Piense que el Sindicato Minero es muy poderoso, señor Roland, y podría obligarle a vender en peores condiciones.

— ¡No sé qué podría hacer el Sindicato Minero! — exclamó Roland. — ¡Yo tengo mi propiedad inscrita con arreglo a la ley y estoy al corriente en todas las tributaciones!

— ¡Bueno, no discutamos por esto! — le dijo por último Marsh, disponiéndose a partir. — Piénselo bien y tal vez lo vea de otro modo.

Y al marchar se dirigió adonde estaban Isabel y Jaime Day, quien, dicho sea de paso, no había perdido detalle de la breve conversación sostenida por Marsh y por Joel, y, aproximándose a la joven, le dijo :

— ¿Podría hablar con usted a solas unos momentos, señorita Isabel?

Isabel, sin responder palabra, siguió a Marsh hasta un lugar un poco apartado de la casa.

Y una vez que se encontraron ambos fuera del alcance de los oídos de Joel y de Day, Marsh se expresó así :

— Su padre padece una equivocación al no querer vender. Debe usted aconsejarle que lo haga.

— Si mi padre me hiciera caso a mí ven-



Mas apenas habian pronunciado estas palabras, el «Jinete blanco»...

dería para salir de este infierno, pero no quiere y nada le hará ceder. El padre de Isabel y Jaime Day, a su vez, comentaban la visita de Marsh.

— ¿Y qué interés puede tener ese hombre en que venda usted? — preguntó el forastero a Roland.

La llegada, mejor dicho, el regreso de Isabel, cortó el diálogo apenas iniciado.

— ¡Que sea enhorabuena, Isabel! Le ha salido a usted un buen pretendiente — dijo Jaime a la joven apenas se hubo aproximado ésta al grupo.

— No era precisamente de amor lo que quería hablarme Marsh — le respondió Isabel. Y volviéndole la espalda se puso a hablar con su padre.

Jaime Day entonces, comprendiendo que su presencia allí podía ser un obstáculo para que tratasen con entera libertad los asuntos que tenían que tratar, se despidió y se fué.

Isabel viéndole alejarse, hubo de decir a su padre :

— ¡Qué pobre muchacho es este Jaime! — ¿Qué quería de ti Marsh? — preguntó Joel a su hija.

— Pues que influya en tu ánimo para que vendas.

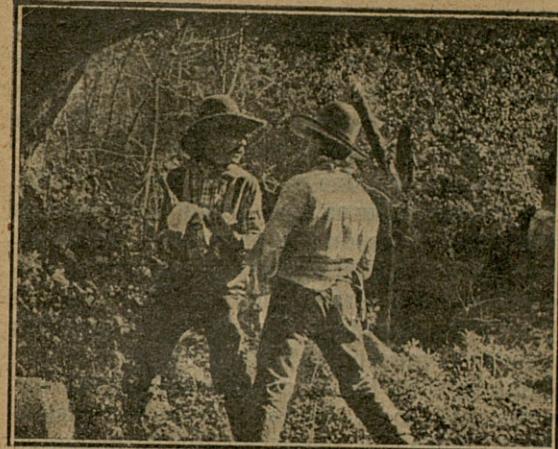
— Estas tierras que quieren comprarme son las que más valen de todas las que tengo y pienso que sean tu dote el día que te cases — respondió Roland, y añadió después de una breve pausa : — ¡Nadie, ni por nada, podrá echarme de ellas!

Después de estas palabras el padre y la hija guardaron silencio de nuevo, hasta que al fin dijo Isabel :

— Cuente conmigo para todo, padre ; pero me parece que vamos a tener muchos disgustos.

* * *

En tanto, la esbelta silueta de « El jinete blanco » había hecho su aparición en las lejanías del horizonte, y caracoleaba con su



El coche está a la vista. Tengo orden de Marsh de hacer lo que sabéis

caballo, igual que tantas otras veces, como si inquiriese, como si buscase algo.

Y en tanto, también Marsh había vuelto al Registro de la Propiedad para dar cuenta a Grade del resultado negativo de su gestión.

— No hay modo de conseguir de Roland que venda, y menos por tan poco dinero — dijo en cuanto entró.

— Ya verá usted como yo le « convenzo ». ¡Déjelo de mi cuenta! — le respondió el Registrador. Y acto seguido echó mano del libro de inscripciones en que constaban los asientos de las tierras de Roland.

Grade, una vez que hubo hallado el folio correspondiente a las fincas del padre de Isabel, dijo a Marsh :

— Arreglaré estas inscripciones en forma que aparezca que no tiene ningún derecho.

Y sin encomendarse ni a Dios ni al diablo, hizo las raspaduras que creyó convenientes y las enmiendas que le parecieron bien.

— ¿Ve usted? ¡Que acrelide ahora su derecho! — dijo Grade muy satisfecho de su obra, y mostrando a Marsh las alteraciones llevadas a cabo en el libro.

Más apenas había pronunciado estas palabras, « El jinete blanco », como obedeciendo a una invocación, entró, pistola en mano, en la oficina del Registro por una ventana y antes de que Grade y Marsh pudieran impedirlo, se apoderó del libro que Grade acababa de enmendar y desapareció con él, veloz como el viento, a lomos de su corcel.

Esta nueva audacia del hombre fantasma dejó atónitos a aquellos dos píllos, que veían desvanecerse las esperanzas que habían fundado en su maquiavélico plan.

Repuestos apenas de la sorpresa, Grade hubo de exclamar :

— ¡Conmigo no puede ni « El jinete blanco »! Yo lo arreglaré de otro modo. — Y llamó a sus criados, a sus cómplices mejor dicho, que eran tres y que se hallaban a la puerta de la oficina.

— Esteban — dijo dirigiéndose al que

parecía jefe de los tres : — Vaya a casa de Roland y le dice que necesito verle en seguida.

Y dirigiéndose a los otros dos, añadió :

— Vosotros esperar a que vuelva Esteban y estar dispuestos para todo.

Ambos hombres salieron de la estancia y mientras su compañero llegaba a casa de Roland, situada no a mucha distancia, pues en Rawhipe todas las distancias eran pequeñas.

— Señor Roland : el Registrador espera a usted en su despacho — dijo el enviado de Grade al padre de Isabel.

Y juntos salieron con dirección a la oficina.

* * *

Isabel había salido una vez más a recorrer las tierras que un día habían de ser suyas, según le dijera su padre. A poco se le había acercado Jaime Day, que espiaba, como siempre, todas las ocasiones de encontrarse a solas con la joven, mas apenas habían andado juntos unos cuantos pasos, adentrándose por la finca, les salieron al encuentro Esteban y sus dos compinches.

— Tengo orden del jefe del Registro de echar a todo el mundo de estos terrenos — dijo Esteban a Isabel.

— Son de mi padre, y de aquí no me iré por nada ni por nadie — le contestó la joven,

adoptando una actitud resuelta. Y añadió, esgrimiendo su revólver :

— Los que se van a marchar ahora mismo de aquí son ustedes.

Jaime Day, medio oculto detrás de la muchacha, como quien no puede disimular el pánico de que se halla poseído, trató de hacer como que intervenía a su favor, apuntando también con su revólver.

Esteban y sus acompañantes, ante razones tan poderosas, creyeron lo más prudente desistir de su empeño e ir a contarle al Registrador lo que les había sucedido.

Al verlos alejarse Jaime se irguió como un valiente y dijo a la joven :

— ¡Han tenido miedo de mí! ¿Verdad, Isabel?

— ¡Naturalmente!... ¡La cosa no es para menos! — Y añadió subrayando sus palabras con una sonora carcajada : — ¡Pero qué tonto es usted, hijo mío!...

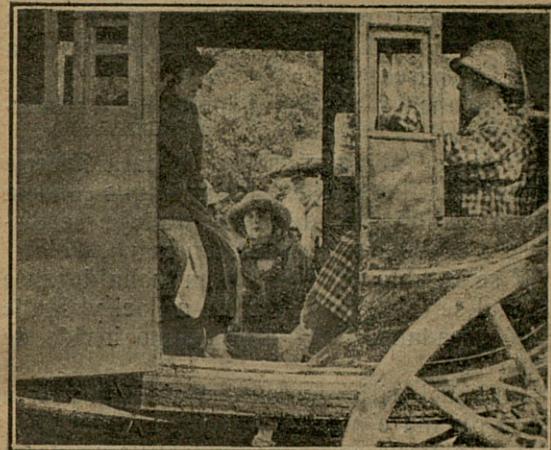
En tanto Roland había llegado al Registro.

Grade, que se hallaba solo, en cuanto le vió entrar se dirigió a él y le dijo :

— El libro del registro ha sido robado por «El jinete blanco» y tendré que hacer uno nuevo para garantir su derecho.

— Está bien. ¿Qué hay que hacer para ello? — le preguntó Roland con una buena fe que contrastaba con la intención de Grade.

— Necesito que firme usted aquí para volver a registrar legalmente su finca.



Pero no pudo impedirlo; mejor dicho, no pudo evitar que los viajeros...

Y el taimado le mostró unos papeles medio enrollados, indicándole el sitio en que debía estampar su nombre.

Roland se dispuso a escribir, pero sospechando de aquel hombre, no habituado a usar tanta amabilidad, desdobló un poco los papeles y pudo ver lo que tenía ante sus ojos. Lo que se pretendía hacerle firmar, no era una hoja de inscripción, sino una escritura de venta en blanco.

— ¡Pero vamos a ver! — preguntó a Grade. — ¿Qué es esto que usted quiere que firme?

— Usted firma eso por buenas o por malas — le respondió el Registrador, dispuesto a todo, al parecer.

— ¡Nunca! — exclamó Joel Roland resueltamente.

Grade se abalanzó sobre él para hacerle firmar a la fuerza, pero Roland, que conocía los procedimientos de aquel granuja, se dispuso a la defensa, revólver en mano.

Y se entabló entre ellos una lucha durante la cual se le disparó el arma a Joel y Grade cayó pesadamente al suelo, como herido de muerte.

En aquel crítico instante se abrió la puerta de la oficina e hizo su aparición Marsh.

Joel, al verle, se dirigió a él y exclamó, presa de la mayor desesperación :

— ¡Ha sido un accidente! ¡Lo juro! ¡Yo no intenté matarle!

— No olvide que he sido testigo de su crimen, señor Roland — fué toda la respuesta que le dió Marsh.

Ambos hombres guardaron silencio unos instantes, durante los cuales Grade no dió la menor señal de vida.

— Márchese a su casa y piense en mi proposición... Y si la acepta, no tema que le delate — dijo Marsh, como brindando protección al abatido padre de Isabel.

Apenas se hubo marchado el buen anciano, Grade se incorporó de un salto.

— ¡Me parece que el *drama* no ha podido

estar mejor representado! — dijo a Marsh, que no podía contener la risa.

Pero como lo que les importaba era el «negocio», Grade añadió para no perder tiempo :

— Yo ahora voy a quitarme de en medio... ¡Estoy muerto!... Usted se encarga de hacerle firmar la escritura amenazándole con delatarle, y cuando yo sepa, como lo sabré, que ha recibido usted el dinero, vendré a por la parte que me toca de los noventa y cinco mil dólares.

* * *

Con la obligada desaparición de Pancho Grade, el bandido de Marsh ideó la forma de quedarse con todo el dinero, cuyo envío para un día próximo, por conducto del coche correo, le había anunciado el Sindicato Minero de Mawxell, por medio de un telegrama.

Para llevar a cabo su plan, que no era otro que asaltar el coche correo y apoderarse de los cien mil dólares, había contado con la colaboración de Esteban y de sus compinches.

Y así llegó el día en que el coche correo debía hacer su arribo.

Esteban y sus ayudantes aguardaban la señal para salir en busca del correo, al que poco después divisaron, al fin, a lo lejos. Esteban, al verle, exclamó :

— El coche está a la vista. Tengo orden de Marsh de hacer lo que sabéis.

Era esta orden la de que unos cuantos de

ellos (enmascarados) asaltasen el coche, realizarasen el robo, y una vez consumado éste se presentasen los demás en calidad de auxiliares de los viajeros, para dar lugar a que los otros huyesen con el dinero y para despistar.

Marsh, en tanto, dispuesto a jugarse la última carta, se encaminó a casa de Roland.

Pero no era Marsh sólo el que tenía noticia de la llegada del correo y del dinero; «El jinete blanco» lo sabía también sin duda, pues procurando no ser visto acechaba asimismo el paso del vehículo.

Y tan pronto le divisó y se dió cuenta de que los asaltantes se dirigían hacia él, echó a correr a todo galopar de su caballo, dispuesto a impedir el despojo. Pero no pudo impedirlo, mejor dicho, no pudo evitar que los viajeros fuesen víctimas del natural sobresalto.

Los forajidos se habían acercado al carroaje, cuyo conductor, al verlos, aceleró la marcha, aunque infructuosamente, pues fué alcanzado y el robo se perpetró, dando lugar la lucha a que los caballos de la diligencia se asustasen y emprendiesen veloz carrera, amenazando estrellar a los que iban en ella.

La primera preocupación de «El jinete blanco» fué evitar esta desgracia. Rápido como el pensamiento se lanzó en persecución de los ensorbecidos brutos, a los que logró alcanzar y dominar, alejando todo peligro para cuantos iban en el coche, y después salió en persecución de los que huyan con el dinero,



En la plaza del pueblo se había congregado casi todo el vecindario...

no sin dejar caer antes una tarjeta cerca del coche como para que sus ocupantes supiesen a quién debían su salvación.

Y bajo esta impresión reanudó el carroaje su camino hacia Rawhipe, bajo la impresión de que «El jinete blanco» se lo había llevado todo, pues le vieron alcanzar a los ladrones, apoderarse del arca con el dinero y salir de estampía.

* * *

Pero dijimos antes que Marsh iba a casa de Roland dispuesto a intentar, por última

vez, el arreglo, y no debemos pasar por alto el desarrollo y resultado de la visita, que es muy interesante para el curso de esta historia. Marsh encontró a Roland a mitad del camino.

— Amigo Roland — le dijo apenas le vió. — Es el momento de que nos pongamos de acuerdo para eso de la venta. Le pido, por última vez, que acepte mi proposición.

— No se canse usted, señor Marsh. No vendo — le contestó Roland.

— Veo que quiere usted acabar sus días en la cárcel — añadió Marsh.

— Puede que vaya a la cárcel como usted dice, pero va a ser con razón — repuso el anciano con aire y actitud resueltos; tanto, que la llegada de Isabel, que hizo su aparición en aquel momento, no pudo ser más oportuna.

— Ya estaban ustedes regañando, ¿verdad? — preguntó la joven.

— No, señorita — le repuso Marsh. — Estábamos hablando de la misteriosa muerte de Grade.

Joel Roland cortó la conversación para dar una orden a su hija.

— Como supongo que tú regresarás directamente a casa y yo voy en dirección contraria, me marcho, que he de hacer varias cosas aún — le dijo y se fué, dejándola sola con Marsh.

— No te retrases, Isabel, y procura estar

en casa cuando yo llegue — fueron las últimas palabras del anciano al separarse.

— ¿Qué es lo que le ocurre a mi padre, señor Marsh? — preguntó Isabel al bandido aquél.

— A su padre no sé... A mí sí sé lo que me pasa... ¡Que la amo a usted! — le dijo Marsh aproximándose a ella.

— ¡Cómo se atreve usted a decirme eso! — le contestó la muchacha apartándose de tan poco agradable galán.

— Si no me escucha usted, si no me atiende, voy a meter a su padre en la cárcel. — Y añadió: — Le tengo en mis manos y sólo hay un medio para que se salve, y depende de usted.

* * *

En tanto en la oficina del Sheriff ocurrían cosas extraordinarias; tan extraordinarias como que «El jinete blanco», aprovechándose de que no había nadie en ella, entraba por una ventana y depositaba sobre una mesa el maletín con los cien mil dólares enviados por el Sindicato Minero de Maxwell y que él acababa de arrebatar de manos de los secuaces de Marsh.

A poco hacían su entrada en el propio despacho el Sheriff y los viajeros recién llegados en el coche correo, quienes formularon una denuncia contra «El jinete blanco», al que creían, en realidad, verdadero autor del robo.

El cochero fué el que más categóricamente le acusó :

— He sido atacado y robado por « El jinete blanco » — dijo.

Marsh, que acababa de llegar también, aprovechó la oportunidad para acusar al « Jinete blanco ».

— Ese « Jinete blanco » — dijo a su vez — es un peligro en estas tierras, Sheriff, y debe usted procurar su captura.

Y mientras los viajeros, un poco sorprendidos aún por cuanto habían visto y acababan de oír, referían a su modo el asalto al coche y la intervención de « El jinete blanco », que no les parecía tan delictiva como afirmaban aquellas gentes, los hombres de Marsh hacían atmósfera contra el misterioso caballista, alentando contra él a los habitantes todos de Rawhipe.

* * *

Pero dejemos al Sheriff con sus preocupaciones y a Marsh conspirando contra el temido jinete, y veamos lo que pasa en tanto en casa de Roland.

Isabel, al marcharse Marsh, quedó triste y pensativa por las palabras de éste y por sus amenazas, y triste y pensativo, también, se presentó su padre a poco.

— Padre : ¿qué poder tiene Marsh sobre ti? — le preguntó su hija al verle.

Mas Roland nada le respondió y se dejó caer



Todos los allí presentes levantaron el brazo; es decir, los abordaron los otros sobre una silla, dando pruebas de gran abatimiento.

Isabel insistió, no obstante, en la pregunta :

— ¿No tienes confianza en mí, padre? — le dijo. — ¿Cuéntamelo todo!

Pero Roland permaneció en silencio.

Entonces la joven se acercó a un mueble sobre el que había un retrato de su madre, que cogió entre sus manos, diciendo bañada en llanto :

— ¡Madre!... ¡Madre mía, llévame contigo! ¡Padre ya no me quiere; no tiene confianza en mí!

— ¡No puedo decirte nada, hija mía!... ¡No puedo... Dios lo sabe! — dijo entonces el anciano acercándose a su hija cariñosamente.

Y unidos en estrecho abrazo, padre e hija callaron.

* * *

Marsh había logrado excitar los ánimos y en el pueblo reinaba gran efervescencia contra «El jinete blanco».

A pesar de ello aun había quién pensaba en divertirse y precisamente a costa de Jaime Day.

Eran los tales varios jóvenes de Rawhipe empeñados en hacer subir sobre un caballo al forastero, al que nadie había visto nunca más que a lomos de su rucia.

La resistencia de Day a ser héroe de tal hazaña fué vencida por el número y la fuerza de los que le perseguían con tal objeto, y cuando quiso recordar vióse en lo alto de un potro cerril.

El animalito al sentir la carga emprendió veloz carrera, dando voces y saltos para deshacerse de ella, y así recorrió varias calles llegando hasta muy cerca de casa de Joel Roland, quien en aquel momento se encontraba a la puerta en compañía de Isabel, algo más tranquilos después de la dolorosa escena de antes.

— ¡Es Day! ¡Le va a estrellar el caballo! — exclamó la joven al reconocerle.

Pero el caballo no le estrelló, por fortuna, si bien le despidió lanzándole de cabeza en un abrevadero que había al borde del camino y a muy pocos pasos de la casa de Roland.

— ¡Es usted original hasta para caerse del caballo! — le dijo Isabel al verle hecho una sopa, pero ilesa y tan tranquilo.

— Con permiso de ustedes me voy a cambiar de ropa, que estoy chorreado — contestó Day sin dar importancia al incidente, y se fué.

* * *

En la plaza del pueblo se había congregado casi todo el vecindario al anuncio de que se organizaba una batida contra «El jinete blanco».

Allí estaban Isabel y Jaime Day, seco ya y que parecía no darse cuenta de lo que pasaba.

— Están tratando de dar una batida contra «El jinete blanco» — hubo de decirle Isabel.

Marsh a su vez no cesaba en la propaganda y gritaba con toda la fuerza de sus pulmones:

— ¡Debemos unirnos todos para capturar a ese bandido!

Pero de pronto se hizo el silencio. De la oficina del Sheriff se vió salir a éste acompañado de varios de sus subordinados.

El Sheriff cambió breves palabras con Marsh, y el propio Marsh, dirigiéndose al pueblo allí congregado, dijo:

→ ¡Una buena noticia! El dinero ha sido recuperado gracias a los trabajos del Sheriff.

Una ovación acogió estas palabras, después de la cual Marsh prosiguió :

— No cabe duda de que el responsable de este robo es el misterioso « Jinete blanco », quien tuvo la audacia de hacer acto de presencia en cuanto se perpetró el asalto dispuesto por él.

Dicho esto, Marsh guardó silencio unos instantes para ver el efecto que sus palabras producían y no debió parecerle que habían caído mal cuando añadió :

— Los que quieran contribuir a la captura de ese criminal, que levanten el brazo.

Todos los allí presentes levantaron el brazo ; es decir, todos no, pues hubo uno que no le levantó ; Jaime Day.

— ¿Qué pasa, pollo? ¿Es usted manco?

— hubo de preguntarle en tono amenazador un sujeto mal encarado que estaba junto a él.

Pero Isabel se apresuró a contestar :
El señor Day va también con ustedes — dijo.

— ¿Que vaya yo? — exclamó Day. — ¡Ya sabe usted que no sé montar!...

Y todos juntos se dispusieron a partir en busca del « Jinete blanco ».

— Al señor Marsh le necesito para que se quede aquí guardando el dinero — dijo el Sheriff por último, y momentos después todo el pueblo estaba en movimiento... y « El jinete blanco » también.



El señor Day va también con ustedes — dijo

Esteban y sus amigotes, obedeciendo una orden de Marsh, habían logrado escabullirse y quedarse, reuniéndose con él a poco.

— En el pueblo no hay nadie. Es el momento de obrar — les dijo Marsh ; y añadió :

— Ahora nos apoderaremos del dinero y luego a casa de Roland, pues todos se han ido a perseguir al « Jinete blanco ».

Y a casa de Roland se encaminaron.

— Vengo a que acabe usted de estampar la firma que empezó a poner en esta escritura de venta.

Mas no pudo terminar casi su intimación porque « El jinete blanco », el propio hombre

fantasma que llegó, perseguido de cerca por los que pretendían capturarle, lo impidió.

Hubo unos momentos de estupor durante los cuales ni Marsh, ni Isabel, ni el propio Roland supieron si aquello era un sueño o una realidad. Mas la llegada del Sheriff y del pueblo en masa les sacó de su incertidumbre.

Isabel salió a la puerta como si intentara cortar el paso a los que acudían en persecución del hombre que acababa de salvar a su padre.

— ¡Quítese de delante, señorita Isabel! ¡Venimos a por ese hombre! — hubo de decirla el Sheriff.

— Está usted perdido. Será mejor que se entregue — dijo a su vez Isabel al « Jinete blanco », y éste la obedeció.

— ¡Amarradle, que no se escape! — exclamó entonces Marsh.

Pero en aquel momento se incorporaron al grupo unos cuantos personajes que acababan de llegar. Eran éstos el jefe de policía del distrito y unos cuantos agentes a sus órdenes.

El jefe se adelantó al « Jinete blanco », y estrechándole la mano le dijo, al propio tiempo que le quitaba la máscara con que se cubría el rostro :

— Señor Jackson : éste es el trabajo más brillante de su carrera en el Servicio Secreto. — Y volviéndose a Roland, añadió : — Usted, señor Roland, no se preocupe por lo de la



¡Quítese de delante, señorita Isabel! ¡Venimos a por ese hombre!

muerte de Pancho Grade. Está en nuestro poder vivo y sano. Le cogimos en la frontera.

Entonces Isabel se adelantó a Day y le preguntó :

— Y ahora, ¿puedo saber quién es usted?

— Les he tenido a todos ustedes engañados — contestó Day. — De cuanto he dicho y he hecho durante todo este tiempo sólo dos cosas han sido verdad : mi persecución a estos bandidos y el enamorarme de usted.

— ¿Y era usted siempre « El jinete blanco »?

— le preguntó Isabel aún.

— ¡Yo y nadie más que yo!

— ¡Viva Jaime Day! — gritaron a una todos los habitantes de Rawhipe, mientras los agentes del Servicio Secreto amarraban fuertemente a Marsh y a sus hombres.

* * *

Algunos meses después Jaime Day, mejor dicho, el agente del Servicio Secreto Jackson, que tal era el apellido verdadero de Jaime, ya no era un forastero en Rawhipe; era un vecino más, propietario no sólo de los bienes de Joel Roland, sino de su propia hija Isabel, convencida de que no era tan tonto como ella le suponía.

Como recuerdo de aquella aventura, a la que debía su felicidad, Jaime Jackson había conservado a la pollina, a la burra, compañera inseparable de sus épicas andanzas amatorias, y un día contemplándola junto con Isabel, dijo a ésta:

— ¿Te acuerdas de cuando rebuznaba al oírme cantar?

— Sí, te acuerdas de cuando yo... — respondió Isabel, sonriendo. — Yo también cantaba, pero yo cantaba para mí sola. Y... — FIN

BIBLIOTECA CORAZÓN

Hermosa publicación semanal : Interesantes novelas
de amor y emoción : Preciosa portada en tricromía

¡Interesa! ¡Apasiona! ¡Intriga!

CUADERNOS PUBLICADOS

- 1 VIVIR PARA AMAR, por Joachim Renéz.
- 2 POR ALLÍ PASÓ EL AMOR, por P. de Clement.
- 3 LA HIJA COMPRADA, por Gérard Dartis.
- 4 POR EL AMOR DE MAUD, por René-Jean Tracy.
- 5 FLOR DE BULEVAR, por Joachim Renéz.
- 6 BAJO EL SOL DE COSTA AZUL, por M. Renée Noll.
- 7 LUCHA DE AMOR, por P. de Clement.
- 8 EL ENIGMA DE UNA VOZ LEJANA, por M. R. Noll.
- 9 EL SECRETO DE VILLAFELIZ, por René-Jean Tracy
- 10 EN EL UMBRAL DE LA DICHA, por M. R. Noll.
- 11 PERDÓN DE AMOR, por Guy Vander.
- 12 OCASO DE AMOR, por P. de Clement.
- 13 LA VUELTA AL NIDO, por P. de Clement.
- 14 LA MALA PASIÓN, por Joachim Renéz
- 15 LA DULCE PROMETIDA, por Robert Navailles.
- 16 UNA ILUSIÓN Y UN AMOR, por Marcela R. Noll.
- 17 EL AMOR QUE VUELVE, por G. Vincennes.
- 18 ANGEL DE MALDAD, por Marcela R. Noll.
- 19 EL MISTERIO DE LA AMAZONA, por C. de Resse.
- 20 CUANDO EL ALMA DESPIERTA, por R. Navailles.

64 páginas de abundante lectura, 64

Precio de cada cuaderno: 30 céntimos